

# El prisionero

por C. Vidal Llaser

Se pararon al pie de un árbol. La sombra del castillo era ya una mancha oscura que desaparecía poco a poco en el cielo negro, con algunas estrellas perdidas en lo alto. Daniel Salter, el oficial francés, se esforzaba para ayudar al pequeño Scotti, su compañero de cautiverio, herido en los primeros momentos de la fuga. Todo lo que sabían era que tenían que seguir la costa hasta llegar a la Cala, donde se reunirían con otros dos oficiales franceses, también fugitivos, que les esperaban con una lancha. La brisa entraba suavemente en los cuerpos agotados de los dos hombres y llegaba del mar un olor fuerte y salado. Se tendieron sobre la hierba para descansar unos instantes. El pequeño Scotti se revolcó con el dolor de la herida reflejada en su rostro.

—No podré continuar así —dijo.

Tienes que hacerlo. Amanecerá y estaremos con los otros —le animó Salter.

Nos están siguiendo. Quizá ya sepan que estamos aquí. Estarán escondidos en alguna parte, tal vez detrás de los árboles, ocultos entre las ramas —dijo Scotti, retorciéndose con su sufrimiento.

“Debe ser la fiebre” —pensó Salter. Las voces de los soldados, cuando les descubrieron, retumbaban todavía en sus oídos. Dispararon a ciegas y una bala encontró el cuerpo desnudo del pequeño Scotti.

“No es nada, podemos seguir adelante” —había dicho entonces. Tenían los nervios estremecidos por la misma pesadilla. La preparación de la fuga, los gruesos barrotes de hierro que cruzaban la ventana, las cuerdas para descolgarse por la muralla, la alarma, que cruzó como un rayo en el aire húmedo del anochecer. No habrían sido maltratados durante su prisión y hasta se les permitía reunirse entre ellos y celebrar alguna fiesta. Pero no eran más que eso, unos prisioneros, y no pensaban en otra cosa que en su libertad.

Salter limpió con un trozo de su camisa el rostro de su compañero y trató de taponar la herida. La sangre se escapaba como un pequeño río empapándolo todo. El pequeño Scotti sentía la tierra debajo arañándole, el olor de las plantas, el ruido del mar como un eco que se perdía lentamente en su propia inmensidad.

Era necesario seguir adelante y Scotti se apoyó en el árbol y luego en su compañero y empezaron otra vez a andar. La noche se había vuelto tan grande como el mundo y hacía un calor sofocante. Salter recordaba, sin embargo, algunas de las humillaciones por las que habían tenido que pasar. Cuando les obligaron a presenciar, desde la torreta del castillo, custodiados por la tropa, aquel simulacro de combate naval entre dos barcos bien armados, uno español y el otro francés, acabando éste último, después del abordaje, teniendo que arriar su bandera, mientras atronaban las salvas de todos los barcos y la artillería, y su tripulación era conducida como prisionera hasta el imaginado solio del Rey. Aquella noche hubo entre los prisioneros gran alboroto y cantaron canciones patrióticas y se emborracharon todos.

El pequeño Scotti ya no podía andar. La herida le quemaba todo el cuerpo, y sus ojos ya sólo adivinaban la misteriosa profundidad de la noche. Pero era necesario seguir adelante, hacer un esfuerzo más, perderse sigilosamente en el silencio de su misterio. De pronto descubrieron una casa escondida entre la negrura de la arboleda. Salter pensó que tal vez podrían hacer-



le a Scotti una cura de urgencia, prestarle alguna ayuda. Se acercaron con temor y Salter llamó a la puerta. Hubo un silencio, un vacío durante la espera que se prolongó hasta el fin del mundo. Alguien se movió después dentro de la casa, arrastrando los pies con el cansancio del sueño y hablando en voz alta. Se abrió por fin la puerta y apareció un hombre con una vela encendida en una mano y en la otra un grueso bastón. Al ver al herido exclamó: “;Déu mos ajut, qué es això!”, Salter trató de hacerle comprender que su compañero estaba herido y el hombre entendió en seguida y les ayudó a entrar en la casa. Se había levantado el resto de la familia, seguramente la mujer y la hija, y esperaban temerosas en un rincón de la habitación. Unas velas ardían sobre una mesa alumbrando unas paredes gruesas y blancas y algunas sillas. Había una escalera que daba acceso a los dormitorios y entre todos ayudaron a Scotti a tumbarse en una cama. Luego le dieron a beber una tisana caliente y la mujer le lavó la herida con enjundia de gallinas y le hicieron un vendaje alrededor.

—Ahora deberá estarse quieto y dormir —dijo la mujer.

Salter iba a decir que no podían permanecer mucho tiempo en la casa, ahorrarse explicaciones posibles. La débil luz de la vela apenas dejaba ver el rostro de la mujer joven en un ángulo de la habitación, sus ojos grandes y como asustados clavados en los ojos de él. Salter sostuvo aquella mirada como hechizado, sin darse cuenta de lo que hacía.

—A usted también le iría bien un descanso —dijo el hombre, dirigiéndose a Salter.



El hombre no buscaba explicaciones, no preguntaba quienes eran, de donde venían, por qué estaba herido Scotti. Salter sabía que los campesinos de la isla no eran precisamente sus mejores amigos. Pero el hombre no preguntaba nada y, en cambio, les ofrecía su casa, mostraba su interés por ayudarles. En medio de aquella tensión, Salter pensó que sus compañeros estarían en la Cala esperando su llegada y que era necesario marcharse en seguida, antes de que fuera demasiado tarde.

—No, nos iremos tan pronto como mi amigo despierte —dijo.  
—Déu faça que vaja be —masculló el hombre.

La mujer joven no había hablado y lo hizo ahora para decir que tal vez aquel hombre —se refería a Salter— necesitaba comer algo. Fueron a la cocina y ella misma cortó el pan, puso al fuego unos trozos de sobrasada y llenó un vaso de vino. Salter pudo ver ahora aquellos ojos grandes y negros, la belleza serena de su cara, el aliento humano que proyectaba aquella mujer. Fue uno de esos instantes que tienen un valor infinito y que pueden valer una eternidad. Entonces se borra todo, el dolor pasado, la sangre antigua, el viento y el olor lejanos de la tierra, y queda sólo ese instante, otro viento desconocido metiéndose en la sangre nueva, como una hermosa e imposible realidad. Y Salter soñó un instante con una paz que él no conocía, con una paz vivida al lado de aquella mujer, con un amor extraño que había estallado de repente como un latigazo en su corazón.

En aquel momento oyeron hablar a Scotti, que se había despertado, y subieron al cuarto. El pequeño Scotti estaba sentado en la cama y parecía que hacía esfuerzos por recordar. Los primeros momentos de la fuga, los disparos, la sangre que se escapaba, el dolor que ascendía, que llenaba todo su cuerpo. La fiebre le había subido, pero estaba diciendo que tenían que ganar la Cala antes del amanecer.

—¿Qué hacemos aquí! —exclamó.

Tenía un brazo completamente paralizado, y de pronto se puso a llorar como un niño. Salter sentíase ahora acorralado por sus sentimientos. Pensó en lo que aún les quedaba por recorrer, seguramente perseguidos sin piedad, en el espectáculo sobrecogedor de la noche, tal vez en la emboscada que ya les tenían preparada. Pero no podían seguir en aquella casa, tenían que marcharse enseguida, antes de que fuera demasiado tarde. “Tengo que salvar a Scotti —pensó— El pequeño Scotti quiere su libertad”.

Ya en el pórtico se despidieron. La brisa continuaba rodan-

do en la noche y estremecía las hojas de los árboles. La mujer joven miró a Salter con tristeza.

—Adéu, adéu. Que Ell us encamin —dijo.

Cuando uno menos lo piensa es cuando suceden las cosas. De repente algo se quiebra en el aire y para el tiempo. Y resulta inútil buscar explicaciones. Los hilos del tiempo cambian, todo cambia a nuestro alrededor, las leyes de la vida fallan, apenas sin darnos cuenta. Los pensamientos de Salter se hacían cada vez más confusos. El pequeño Scotti estaba agotado y arrastraba sus pies por el camino pedregoso, cerca del mar. El ruido de las olas llegaba suavemente y moría en una pequeña playa. Un sutil misterio, una caricia liberadora. La idea de aquella mujer formando parte de una extraña felicidad. La patrulla de los soldados, que estarían recorriendo la costa y los pueblos en busca de los fugitivos. Quizá cuando llegaron a la Cala caerían en su propia trampa. Y adiós libertad para el pequeño Scotti.

Cuando por fin alcanzaron la Cala estaba amaneciendo. La lancha con los demás fugitivos les estaba esperando. El pequeño Scotti hizo un último y desesperado esfuerzo y pudieron llegar hasta ella.

—¿Creíamos que no llegábais!

—Scotti está herido —dijo Salter.

—¿Herido? ¿Podrá aguantar?

—¿Claro que podrá! —exclamó Scotti— ¡Lo que no aguantaría por mi libertad!

Colocaron a Scotti en la lancha, y el que hacía de jefe ordenó que empezaran a moverse.

—¡Vámonos, de prisa! Tendremos suerte si no nos descubren.

Salter se había quedado en tierra y permanecía inmóvil, con la mirada extrañamente perdida en alguna parte.

—¡Vamos, tú, qué esperas! —gritó el jefe.

—Yo me quedo —dijo Salter.

—¿Pero qué pasa ahora? ¿Te has vuelto loco?

—No hay tiempo para explicaciones. Os digo la verdad. Me quedo.

Echando pestes todos los de la lancha empezaron a moverse y desaparecieron mar adentro. Poco tiempo después Salter oyo unos disparos lejanos y pudo ver una barca que perseguía a la de sus compañeros. “Ya no los alcanzarán” —se dijo. La idea seguía agarrada con fuerza y buscaba desesperadamente el camino de regreso, los árboles, las piedras, la hierba, la vieja canción del mar, que traía a su memoria los ojos grandes y negros de aquella mujer.

“Ya no los alcanzarán” —repitió Salter. Notó el frescor de las primeras horas de la mañana. El camino volvía a ser duro, largo y lleno de amenazas, pero empezaba a dorarse por el sol. Cada paso era un rodar de nuevas primaveras que le iban tendiendo sus manos. El deseo de estar cerca de ella, defendido contra todo lo que pudiera venir. Su misma vida, la misma tierra que ahora pisaba le había parecido vacía de todo lo que pudiera estremecer el pensamiento y ahora temblaba su corazón y sentíase el poder de todas las sombras que envuelven la soledad de los hombres. Llegó por fin hasta un lugar desde donde ya se podía ver la casa... Entonces fue cuando se oyo el disparo, cuando todo el aire se llenó de disparos que acribillaban los árboles, las piedras, el polvo todavía húmedo del camino. Salter dio unos pasos, tambaleándose, y cayó al suelo. Una mancha roja de sangre señalaba el lugar por donde había entrado la bala. La patrulla de soldados le encontró con la cabeza vencida a un lado y los brazos inertes. Sus ojos abiertos habían podido adivinar sólo la brumosa claridad del día que empezaba.

C. VIDAL LLÀSER  
Dibujos: Josep Escandell